

El Espíritu Santo revolotea siempre a nuestro alrededor. Es presencia real, aunque no le veamos. Nos permite comprender que los hombres sólo podemos realizarnos desde su perspectiva. O mejor dicho, cuando nos convertimos en sus instrumentos dóciles ya que es Él quien nos permite alcanzar con paso decidido las metas que Dios nos marca en el peregrinaje de nuestra vida. Es el Espíritu Santo el que nos guía, nos fortalece, nos aconseja, nos inspira y nos ilumina.

En el día de Navidad que se avecina, mi buen Jesús se hará presente en nuestra vida para acompañarnos siempre y darnos la luz. La luz que sirve de guía en nuestro caminar. La luz que viene del Espíritu Santo.

Y en estos días de Adviento, de repaso de nuestra vida, nuestra alma se llena del Espíritu Santo. Es como la estrella que nos guía en el camino hacia Belén. Y eso nos da una gran paz, una enorme confianza y una inmensa alegría. El Espíritu Santo moldea nuestra conciencia, forma nuestro corazón, y llena nuestra alma de amor.

Es el tiempo para que el Espíritu Santo guíe nuestra vida, nos inspire, nos ilumine y nos predisponga a escuchar siempre la voz del Señor y, una vez en su presencia, que nuestra relación esté basada en el amor.

Me siento en silencio ante el Belén por unos breves minutos. Tiempo para pedirle al Espíritu Santo que elimine de mi corazón todo aquello que me impida tener paz, que me purifique, me renueve, me restaure y me llene con su preciosa unción. Todo para que mi alma esté preparada para recibir al Señor.

¡Espíritu Santo, que soplas libremente sobre cada uno de nosotros, lléname de tu amor! ¡Espíritu Santo, que te hiciste presente en el corazón y en el vientre de la Virgen María, lléname de tus siete dones! ¡Espíritu Santo, que enviaste a Jesús, para anunciar la Buena Nueva de Dios y la liberación de nuestros pecados, lléname de esperanza! ¡Espíritu Santo, que eliminas de los corazones el miedo, los prejuicios, los intereses y la falta de amor, purifícame!

¡Espíritu Santo, que me invitas a abrirme al mundo, a ser coherente con mi testimonio de vida, invencible ante la desesperanza, renuévame! ¡Espíritu Santo, que eliminas de mi corazón los miedos y abrasas con tu poder aquello que no es servicio fraterno, restaúrame! ¡Espíritu Santo, que reduces a cenizas el orgullo, la soberbia, el egoísmo, la prepotencia o la hipocresía, sálvame! ¡Ayúdame, Espíritu de Dios! Amén